

# 1

## BLANCANIEVES Y LOS SEIS ENANITOS

Observé ensimismada cómo las llamas se comían los restos de maíza y los trozos de madera muerta que habíamos depositado todos los vecinos el día anterior. Los habitantes de Hallerburg purgaban sus almas y jardines para despedir al verano de una manera bastante peculiar. Quemándolo todo.

Yo me uní encantada, ¡tenía muchas cosas que incinerar! De hecho, me cabré un montón cuando me dijeron que los CD no podía tirarlos a la hoguera. Me tuve que conformar con arrojar los pósteres y las camisetas de Everlasting Wound, que compré para la ocasión, y que ya se estaban chamuscando en la pila. Mi pasado reciente estaba echando humo delante de mis narices, el crepitar de las llamas me relajaba sobremanera.

Me tapé hasta la barbilla con la manta que había llevado y crucé las piernas tratando de mantener el calor. La fogata era espectacular, si no fuera porque a las ocho y media de la tarde el sol ya se había escondido y solo había doce grados. Por mucho que estuviéramos a finales de agosto, el clima alemán era un coñazo.

Ana le dio un trago a su cerveza y me sonrió. Aproveché el brillo borrachín de su mirada para comenzar con mi interrogatorio.

—¿Has sabido algo de él? Me refiero a que..., bueno, solía hablar contigo...

—Tu hermano me debe cincuenta euros —dijo alzando el puño en señal de victoria con una sonrisa burlona.

—Recuérdaselo después. Pero dime, ¿has sabido algo?

Puso los ojos en blanco frustrada.

Nada más llegar al aeropuerto de Nueva York, después de haber salido corriendo de la habitación donde se alojaba Gary y de haber hablado con mi hermano Robert por teléfono, tomé la firme decisión de recluirme en el norte de Alemania. Hacía tres semanas de eso. Así había acabado en Hallerburg, una mierda de pueblo con

menos de doscientos habitantes, rodeada de vacas pastando, plantaciones de remolacha azucarera y montones de alemanes.

Pasé la primera semana recluida en mi habitación, enfurruñada y en posición fetal. No tenía hambre ni ganas de hablar con nadie. Activé el modo de supervivencia dejándome arrastrar como una zombi por la inercia diaria. Consciente de que el aislamiento con el que me había castigado me estaba deshumanizando.

Con el paso de los días, tuve una revelación: seguía viva porque no me había muerto.

Jamás superaría la pérdida del amor de mi vida. Porque solo necesitas un segundo para fijarte en alguien, un minuto para enamorarte y toda la puta vida para olvidarlo, y ni con eso es suficiente.

Durante la segunda semana mi estado mejoró un pelín, cuando me confirmaron que me habían concedido las prácticas a media jornada que había solicitado en una agencia de publicidad en Hannover, a solo sesenta kilómetros de Hallerburg. No pude evitar culpar a Gary por la sensación agrídulce que me provocó la noticia, que debería haber sido motivo de jolgorio.

Pese a mi ligera, casi invisible y ridícula mejoría, mi hermano y sus cinco amigos, a falta de uno para ser como los siete enanitos del cuento originario de la región, velaban por mi integridad mental. Como si no me diera cuenta de que vigilaban cada uno de mis escasos y erráticos movimientos, incluso las cervezas que me tomaba en el único pub ilegal que había en el pueblo hasta que conseguía olvidar mi nombre.

Gracias a ellos, me había convertido en una versión absurda de Blancanieves: me había zampado dos manzanas envenenadas, me perseguían varios enanitos y solo era cuestión de tiempo que empezara a hablar con los espejos.

Lo malo era que en mi cuento de hadas no había un príncipe buenorro que fuera a luchar por mí armado con su espada a lomos de un dragón. Debía conformarme con el capullo con rizos, ojos azules y hoyuelos que me devoraba las entrañas cada vez que pensaba en él. Porque lo hacía, pensaba en él en cada maldito paso del camino que iba recorriendo a trompicones. Tal vez había llegado el momento de pegarle un telefonazo a Cenicienta para pedirle que me explicara cómo consiguió encauzar a su alteza el descarrilado.

Y claro, en todo cuento de princesas desengañadas sin final feliz que se precie, siempre hay un puñetero... jorobado. En este caso

era Alex, más conocido como «el origen de todos mis males», que no pintaba nada ahí en medio, pero que seguía intentando joderme la vida con mensajitos impertinentes.

Luego estaba Verena, la preciosa y altísima novia alemana-pero-rubia de mi hermano. Ella interpretaba a la perfección su papel de Bruja Malvada del Norte, ya que era el tipo de personaje que estrechaba la mano a su propia madre en lugar de abrazarla. También era la única culpable de que Robert se hubiera mudado a Alemania, manteniéndolo lejos de mí cuando más lo necesité. Encima, sus normas rígidas de convivencia y su falta de empatía y comprensión me estaban amargando la existencia. Tampoco es que fuéramos las mejores amigas del mundo.

A finales de la tercera semana, Robert, desesperado con mi estado apático tocapelotas, y más que aburrido de que rechazara hablar con él sobre el tema, llamó a Ana.

Nada más decirle que la necesitaba, lo dejó todo, la universidad y a su novio, para coger un vuelo y plantarse en Hannover en cuestión de horas. Me prometí que la conservaría para toda la vida, aunque fuera lo último que hiciese. Ana siempre había sido la que me aportaba cordura. Además, sabía demasiado como para dejarla escapar.

Le di un trago a la enésima cerveza que me bebía y retomé el último comentario de mi amiga.

—Lo de la pasta se lo recuerdas después. Pero dime, ¿has sabido algo?

—Tengo una apuesta con tu hermano acerca de cuándo me preguntarías por Voldemort —dijo de manera dramática—. He ganado.

—Está claro que la raza humana es cabrona por naturaleza —afirmé mosqueada.

No pensaba que fueran tan capullos como para hacer apuestas sobre mis desgracias, pero tampoco creía que Gary fuera a destruirnos, así que...

—No te enfades, solo voy a estar cuatro días más, y no querrás que estemos de morros. He venido para sacarte del barrizal en el que estás metida, echar un par de juergas y repartir mis más que famosos consejos.

Ese no era el tipo de terapia que mi hermano tenía en mente cuando solicitó su ayuda, pero era lo que yo necesitaba: una borrachera de magnitudes épicas con mi mejor amiga. De esas en las que

acabas tecleando mensajes obscenos a todos tus ex pidiéndoles otra oportunidad.

—Cierto, tenemos que aprovechar a fondo el tiempo, y te tienes que integrar.

Desde que había llegado el día anterior, ladraba a espaldas de los alemanes imitando su manera de hablar, como un rottweiler sin comer durante tres días. También hacía chistes incesantes sobre invadir países y sobre salchichas de todos los tamaños. Era incorregible, pero era estupendo tenerla conmigo.

—¿Y bien? —insistí con urgencia.

Ella resopló asqueada.

—No, no he sabido nada. Pero te he traído un regalito que te daré mañana. No vaya a ser que te hunda la noche antes de tiempo.

Yo tampoco había tenido demasiadas noticias sobre Gary. Una señal tan buena como mala.

Josh me escribió a diario durante la primera semana. Se sentía culpable por la situación en la que me había visto envuelta, pero se alegraba de que lo hubiera dejado con él. Por el bien de todos, decía.

En cambio, Lucy, la novia del batería de Everlasting Wound, me escribió varias veces para saber de mí y ponerme al corriente sobre él. Según me contó, habían estado a punto de cancelar la gira de Estados Unidos después de que yo me marchara y Gary desapareciera un par de días más. Pero finalmente, como por arte de magia, recuperó el equilibrio y volvía a ser el mismo que durante el último año. Gracias al viaje a Belfast que había hecho con Chris antes del verano, estaban más unidos que nunca y no se separaba de su lado. Chris y Lucy no querían que se derrumbara, algo que sospechaban que iba a suceder tarde o temprano, si se atenían a sus variados antecedentes. Lucy también me dijo que hablaba a diario con Fiona, la hermana de Gary. Al parecer, había pensado en llamarme, pero le daba miedo meterse en un jardín que no era el suyo y estropearlo todavía más. Como si no lo hubiera hecho antes. ¡Ja!

Aunque mi lado racional intentaba alegrarse por él, en realidad no hacía otra cosa que maldecir a todos sus antepasados. Por otra parte, mi lado irracional me machacaba con la idea de que yo no había significado nada para él. Agradecí que Lucy se preocupara por mí, pero me dolía horrores saber que él había sido capaz de recuperar la normalidad, mientras yo malgastaba mis días repitiendo en mi cabeza la última conversación que habíamos tenido. Cómo

me había dicho que lo nuestro nunca se iba a terminar —aunque sus actos me demostraban lo contrario—, y cómo yo lo había mandado a la mierda poniéndole un abrupto final a todo.

Saqué mis manos de la manta y cogí unas botellitas de la cesta que tenía a mis pies. Le tendí una a Ana.

—Joder, ¿*Apfelkuchen*? —leyó con un acento indescriptible—. ¿Licor de tarta de manzana?

Giré la que sostenía entre mis manos.

—El mío es de regaliz. ¿Lo quieres?

—No. —Se lo bebió de un trago mientras se tapaba la nariz—. Es superempalagoso. Puaj. ¿Los germanos no saben hacer chupitos de hierbas?

—Jägermeister —pronuncié con voz de señor en un perfecto alemán.

—Vale. —Chascó la lengua—. Sigamos con los chupitos infantiles, no queremos que San Jägermeister le estropee la noche a Rebeka. De nuevo.

Recordé con una punzada de dolor el pub de Joe en Londres, y a Gary brindando con sus ojos clavados en mí. Incluso percibí su olor, la suavidad de sus labios sobre los míos, el tacto de sus rizos ingobernables entre mis dedos...

Tal vez Alemania no estaba lo suficientemente lejos y mi siguiente destino debía ser la Estación Espacial.

—Y tú, ¿has sabido algo de Gary? —preguntó con cautela, y a mí me sorprendió escuchar su nombre en lugar de un calificativo despectivo.

Si mi amiga estaba madurando, el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina.

—No. Nada desde el escueto mensaje que recibí cuando hice escala en Frankfurt de vuelta de Nueva York. Se limitó a escribirme lo mismo que me pidió antes de que me largara, «tiempo». —Solté una carcajada seca—. Le mandé la previsión meteorológica y la hora local.

—No tienes puto corazón. ¿El sarcasmo lo cuentas como segundo idioma? —Me dio una palmadita cariñosa en la pierna mientras me miraba con un gesto de orgullo.

—¿Qué querías que hiciera? Podría haberle dicho «Oh sí, tómate el tiempo que necesites, estaré esperándote, con los brazos y las piernas abiertos, dispuesta a que me llenes con tu amor de nuevo». ¿No crees?

Se rascó la barbilla calculando el efecto de mis palabras.

—Hombre, hubiera sido divertido; los polvos de ruptura son brutales, pero, por desgracia, poco constructivos.

—Me sentó fatal que me escribiera en mi propio idioma, como si fuera idiota. Encima, me había bebido unas cervezas en el vuelo de vuelta, cortesía de American Airlines, así que la respuesta se escribió ella solita. Pero da igual, que le den.

—¿Y el sociópata acosador de tu ex?

El retorno de los apelativos malsonantes de mi amiga. El mundo estaba a salvo.

—Me manda mensajes casi a diario, no se rinde, el muy cansino. Así que cuando se acumulan sus gloriosas epístolas, las selecciono sin miramientos y las mando a tomar por saco.

Ana se puso a aplaudir como una loca provocando que los discretos alemanes que nos rodeaban miraran en nuestra dirección. Paró en seco, puso cara de circunstancias y carraspeó antes de seguir hablando.

—Pues debes saber que ha estado montando guardia delante de nuestra casa con su GTI.

Me quedé perpleja, porque una cosa eran los mensajes y otra, que me buscara con tanta insistencia.

—Los primeros días le dediqué miraditas asesinas y llamé a la grúa un par de veces, pero a partir de la segunda semana empecé a lanzarle besitos mientras agitaba la mano efusivamente. Iker ha empezado a imitarme. —Se carcajeó con sorna—. La semana pasada hasta nos pitó en respuesta a nuestros saludos. Creo que acabaremos siendo colegas. De hecho, ayer, cuando me dirigía al aeropuerto, le bajé un sándwich de Nocilla y una Coca-Cola.

La miré con los ojos como platos y ella se encogió de hombros con inocencia.

—¿Es más de Nutella?

—¿En serio que le bajaste un sándwich?

—Sí, claro. Empezaba a darme pena: tantas horas metido en esa caja de zapatos con el calor que está haciendo en Bilbao... Pero ni siquiera bajó la ventanilla. Qué poca educación.

—Eres la hostia. —La miré anonadada.

—Tengo mis momentos. —Se echó a reír como una loca—. Supongo que no sabe que estás en Alemania y está desesperado. No me malinterpretes, ¿eh? Porque no me da ninguna pena.

—Es cuestión de tiempo que lo sepa, aunque a estas alturas estará pensando que estoy en Londres o donde demonios esté Gary.

El nítido recuerdo de la cara de Gary me asaltó de nuevo haciéndome apretar los dientes, sin poder oponer ninguna resistencia. Los sentimientos que todavía albergaba por él en el corazón me comían viva, me mordisqueaban la cordura y me escocían en el alma. Me obligué a centrarme en mi imagen de relajación, esa fotografía mental a la que recurría para evadirme de los recuerdos dolorosos: una ovejita feliz saltando entre la hierba. Muy mona, pero poco útil.

—No es normal que hables con tanta naturalidad del tema. ¿Sigues en la fase ciega de negación o es la ira la que te mantiene en pie? —Arrugó la frente y me lanzó una mirada de reproche.

—No lo sé —dije, ignorando el picor que empezaba a llenarme los ojos de lágrimas—. A veces hay que saber decir adiós, aunque la conversación esté a medias... ¿No?

Me miró con lástima.

—Cuando Gary se presentó en Bilbao tal vez era demasiado pronto para retomar lo vuestro. ¿No lo habías perdonado? ¿No te habías perdonado a ti misma? Tengo muchas dudas al respecto, pero sí hay algo que tengo claro: sois un par de idiotas inmaduros. Lo que habéis invertido en vuelos supera a la deuda de Grecia. A no ser que hagáis algo, todo ese dinero no habrá servido para nada y nunca sabrás por qué se comportó así en Nueva York. Por muy inestable, autodestructivo o gilipollas que sea, algo pasó que lo empujó a actuar como un adolescente atolondrado.

—¿Qué quieres que haga? Estoy hundida, dolida y cabreada. He pasado las últimas semanas llorando sin descanso. ¡Ya no me quedan lágrimas! El dinero me importa una mierda, pero ¿crees que no sé que he perdido al tío que más ha llenado mi vida? —pregunté un poco más alto de lo que requería la conversación. Respiré hondo para tranquilizarme—. No lo estropees, por favor. Por primera vez en semanas tengo una razón para estar contenta: estás aquí. En cuanto a dejar las cosas así..., tiempo. Es su lema, y por lo visto el mío también.

—Tal vez debería hablar con él y aclarar las cosas por ti, o al menos animarle a que hable contigo.

Lo último que necesitaba era que mi amiga tomara cartas en el asunto y me forzara a ver a Gary. No estaba preparada. Quería pasar

página, necesitaba hacerlo. Nuestra relación estaba sentenciada al fracaso. Quitando un par de momentos de extremo bajón y mucho alcohol, ni siquiera me había planteado llamarlo para entender qué puñetas nos había pasado. La cantidad de números que marcar era la misma en ambas direcciones, y si él no estaba dispuesto, yo menos.

—Sabes que mis servicios de reconciliación funcionan a la perfección, además de que soy muy discreta. Todavía no te he echado en cara el polvazo ruidoso, apasionado y salvaje que echasteis contra la pared del salón, mientras yo esperaba en el rellano jugando al Candy Crush.

Mi vestido negro, los tacones rojos de siete centímetros y Gary...  
Oh, mierda.

Esa imagen me torturaría durante horas, casi tanto como la marca que sus manos dejaron en mi trasero aquella noche.

Por lo visto, aunque quisiera darle un par de tortas a Gary y estuviera hecha polvo, mi cuerpo seguía teniendo otras prioridades. No necesitaba tenerlo cerca para sentirlo entre mis piernas, triste pero cierto. La pervertida que llevaba en mi interior, que había estado sedada con una mezcla letal de antidepresivos —cerveza y chocolate Milka—, acababa de asomar la cabeza con los morros pintados de rojo.

A lo mejor no me había deshumanizado del todo.

—No. —Negué enérgicamente con la cabeza—. Déjalo estar. Vamos a cambiar de tema, por favor.

¿En serio que me estaba sofocando solo con pensar en él?

Guardé un minuto de silencio por mis promesas vacías de no echarlo más de menos y lo rápido que se estaban yendo a la mierda.

—No entiendo que te quedes de brazos cruzados. Y menos que te escondas en otro país. Cambiar de código postal no funciona, y lo sabes. Joder, enfréntate a él, ¡espabila! Pídele explicaciones, grítale e insúltale. Pégale con la guitarra en la cabeza, yo qué sé... Pero no dejes las cosas así. Dile que lo quieres. —Apretó mi mano entre las suyas—. No puedes dejar que las cosas se arreglen solas, porque no va a suceder. Tienes que encontrar la manera de entender lo que pasó y decidir si seguir adelante juntos o separados. Mientras no lo hagas, solo vivirás una mentira, vivirás arrinconada por el qué pudo ser, qué hicimos mal...

Maldita sea, tenía razón, como siempre.



Se me empañaron los ojos por la amargura que me provocaban sus palabras. Tarde o temprano, tendría que enfrentarme a él y cerrar el capítulo. No veía otra opción.

—Rebeka, es un tío guapo... MUY guapo, un gran cantante, un músico que peta estadios, buena persona y mejor follador. Y lo más importante, los meses que estuviste con él fueron los más felices de tu vida, a pesar de todo. No puedes perderlo.

Como si no supiera que Gary estaba hecho con los mismos ingredientes que mis sueños más húmedos y mis deseos más ilegales...

—Dime algo que no sepa.

—¿La tabla del ocho? ¿Manejar el *film* para envolver algo? ¿La masa atómica del manganeso? ¿Enfrentarte a los problemas con un par de ovarios?

—¡Hostia, Ana! ¡Vale ya! —exploté—. Me mintió, joder. ¡Es un maldito alcohólico! Me humilló. Me acusó de haberme acostado con Alex, no me quiso escuchar, me trató como a una zorra y me dijo que me largara. ¿Lo quiero? Sí, joder. ¿Me voy a arrastrar? Ni de broma. ¿Se acabó? Por supuesto. ¿Me duele el alma? Más que nunca.

No pretendía soltar todo eso, pero había llegado el momento de ponerlo en palabras.

—Estás obcecada, y te juro que lo entiendo, incluso comprendo que no quieras seguir hablando del tema, pero no te lo guardes, no te tragues toda la mierda tú sola. Y haz algo antes de que sea demasiado tarde o nunca te lo perdonarás.

—Lo estoy gestionando a mi manera —afirmé enfurruñada.

—¿Por qué no le has contado nada a tu hermano? ¿Eh? —Alzó ambas cejas de forma perfectamente sincronizada—. Menuda gestión de mierda.

—Le he contado lo imprescindible, que estuve saliendo con un rockero, que tuvimos problemas y que se ha acabado. No necesita saber los detalles escabrosos.

Mi amiga resopló a la par que negaba con la cabeza.

—Deberías hablar con Robert largo y tendido. Estás viviendo en su casa como una puta lela, como si hubieras tenido una experiencia cercana a la muerte. —Agitó los dedos frente a mí de manera teatral—. Se merece una explicación con todos los detalles morbosos. Cuando me llamó el otro día parecía muy preocupado por ti. Lo está pasando mal, y no es justo que le hagas pringar así con tus mierdas.

De buenas a primeras, un tío se interpuso entre nosotras, dándome la espalda y dejándonos con la conversación a medias.

—Tú debes de ser la hermana de Robert —oí que le decía a mi amiga con un acento que me llevó a pensar que era del sur de Alemania.

Ana le dedicó una mirada golfa.

Era difícil reconocerlo de espaldas, pero estaba bastante segura de que no lo había visto nunca. Aquel pueblo era lo suficientemente pequeño como para conocer a todos sus habitantes en pocas semanas. Era alto, bastante más que yo, tenía la espalda ancha y era todo músculo.

Mi amiga me señaló con cansancio; no era el primer alemán que la confundía conmigo, y le habló en español.

—Es en el departamento de al lado. Yo solo soy la amiga sexy que atrae a los tíos y que nunca se come una mierda porque ella es una carnívora insaciable.

Tenía la suerte de conocer a tíos increíbles, eso no podía negarlo, pero también padecía la maldición de que las cosas se desmadrasen y de que ellos tuvieran un pasado más turbio que Charlie Sheen.

Ana se levantó de golpe dejando al alemán plantado y con cara de confusión. Se arrodilló frente a mí, al tiempo que él me miraba fijamente.

—Joder, ¡es el maldito portero de la selección alemana! —susurró a pleno pulmón con los ojos colgándole de las cuencas.

Berrear a los cuatro vientos en el momento más inoportuno era parte de su filosofía de vida y un paso importante en su plan para matarme de un soponcio.

—Alemania debería centrarse en producir modelos masculinos y dejar los coches para Rumanía. Maldita sea, que alguien hable con Volkswagen, aquí hay negocio... ¡Este país es injustamente famoso por las salchichas! —Entrecerró los ojos pensativa—. O tal vez no...

Se giró y lo escaneó de arriba abajo sin pestañear, captando todos los detalles de su cuerpazo. Y claro, teniendo en cuenta el tamaño del teutón, le llevó un ratito. Yo también lo observé.

El susodicho destacaba por su condición de germano de catálogo, por el tamaño de sus bíceps y por lo joven que parecía. Tenía la tez clara, ojos grandes rasgados, de un color turquesa claro llamativo, y el pelo rubio, muy corto a los lados y más largo en la parte superior, lo suficiente para que un mechón cayera por su frente con

un toque desenfadado. Labios carnosos, ceño ligeramente fruncido, facciones duras y un gesto severo completaban al atractivo bombón, que emanaba seguridad y confianza por todos los poros de su piel.

Encima, iba vestido de bombero, con los típicos pantalones negros de trabajo y mil bolsillos, una camiseta blanca sin mangas muy ajustada que estaba a punto de reventar en su pecho y botas de estilo militar. Increíble que aguantara de esa guisa con el biruji que hacía en Germania.

Madre mía.

Ana volvió a mirarme con una sonrisa de oreja a oreja, y tuve una premonición acerca de lo que iba a decirme. Me agarré a la silla por si acaso.

—Es la cura para todos tus males —afirmó con determinación, tanta que parecía que se había tragado una maldita bocina.

—Uf, todo tuyo —susurré avergonzada—. Conozco ese tipo de remedios: duelen y abren las heridas mal cicatrizadas.

Volvió a mirarlo encuadrando al germano entre los dedos, como si fuera una fotografía profesional.

El tío estaba flipado, y no era para menos. Yo me quería evaporar.

—Creo que hay de sobra para dos. —Entornó los ojos de manera calculadora y se relamió los labios—. Aunque yo me retiraré, es el típico tío al que consigues cazar y luego no sabes ni qué hacer con él de tan bueno que está. Pero, joder, vistos su altura y el tamaño de las manos, es imposible no pensar en el calibre de su...

—¡Ana! —La interrumpí a gritos, provocando que estuviera a punto de caerse de culo—. ¡Has vuelto a olvidar que es una persona! Además, ¿no te das cuenta de que es posible que entienda nuestro idioma? —susurré para darle ejemplo.

Me miró fingiendo estar escandalizada y sonrió de oreja a oreja.

—Menos explicaciones tendrás que darle cuando le metas la lengua hasta el fondo y le arranques la ropa. «Polvo relámpago por despecho» lo llaman, «*Blitzkrieg Polven*» en alemán. O algo así. Voy a hacer pis.

Se alejó hacia unos arbustos mientras se soltaba los botones del pantalón. Así, como si nada, dejándome con un marrón de tres pares.

Traté de fingir una sonrisa entrañable hacia el alemán buenorro y enigmático, que continuaba observándome impertérrito y erguido como un guerrero a la espera de una misión. Recé por que no hubiera pasado de la fase «el lápiz está sobre la mesa» aprendiendo español.

—Hola, soy Rebeka. Perdona a mi amiga... —dije en un correcto alemán.

Me levanté, apoyé la mano en su hombro y me lancé decidida a darle dos besos. Él detuvo mi intrusión ofreciéndome la mano con elegancia, incapaz de esconder cierto bochorno. Me sentí como si hubiera estado a punto de robarle la virtud, y muy decepcionada por no ver una sonrisilla cómplice que le quitara peso a mi cagadita cultural. Siempre olvidaba que el espacio vital de los alemanes abarcaba tres metros a la redonda.

—Encantado, soy Daniel —dijo con dulzura a la par que me apretaba la mano con firmeza.

Teniéndolo tan cerca, pude corroborar que la belleza de su rostro era provocadora y aplastante.

Le hice un gesto cortés para que se sentara en la silla a mi lado.

—¿Eres el séptimo enanito? —solté sin pensarlo demasiado.

Me miró como si me faltara un tornillo. Tal vez le acababa de confirmar todos los rumores que posiblemente había oído sobre mí en el pueblo y lo loca que estaba en realidad.

—Ehm... ¿te refieres a los enanitos de plástico que tengo en el jardín? —Frunció el ceño extrañado.

La culpa era de mi hermano. Él me había puesto al corriente sobre las vidas de los vecinos más cercanos, y más concretamente sobre las de los cinco enanitos que eran sus amigos del alma y mis ángeles perversos de la guarda. Heiko, el policía, más conocido entre los vecinos como «el Hombre Amor», porque compartía su vida con su tercera esposa y los cinco hijos que arrastraba de sus relaciones anteriores. Ambos consumían cantidades estratosféricas de alcohol y ofrecían espectáculos dignos de Broadway de jueves a domingo. Era el hermano mayor de Verena, así como el orgulloso propietario de un bar ilegal en el sótano de su casa; Ingo, el tímido fontanero del pueblo, el rey de los chistes incesantes sobre tuberías y desatascadores. También era el hermano mediano de mi querida cuñada en funciones. Luego estaban Sebastian, el enanito gordo y cabrón; Helmut, el dentista tímido y músico a media jornada, y Lukas, el enanito deportista y un poco psicópata, especialista en levantamiento de vidrio en barra fija y en intentar estrangular a su vecino.

Y claro, si con mi hermano eran seis, Daniel era el que faltaba para completar la fantasía.

—Déjalo —continué—, era un chiste malo que por lo visto solo entendemos un tío fumado, mi hermano y yo. ¿Eres amigo de Robert?

—Sí. Bueno, en realidad conozco a Verena desde que éramos niños, pero mantengo el contacto con los dos. Hace poco que he vuelto al pueblo.

—Entonces eres el séptimo enanito, sin duda.

Me observó descolocado de una manera muy adorable. ¿Por qué tenía ese aire de hombretón serio y aburrido?

—¿Y tú de qué huyes? —disparé sin remordimientos.

A lo mejor no era mi momento más coherente.

## 2

### EL ENANITO GRUÑÓN

—Yo rocé el cielo con los dedos y me caí de morros contra el suelo. No ves las cicatrices, pero estoy llena —afirmé con toda la tranquilidad del mundo—. Esa es la razón por la que estoy aquí. ¿Cuál es la tuya?

A esas alturas de la noche ya no tenía demasiados reparos en llamar a las cosas por su nombre y hablarle a un completo extraño sobre todos los problemas que llevaba a mis espaldas. Tan madura como siempre.

—Vaya. —Abrió los ojos sorprendido—. No te andas con rodeos. ¿Has vivido alguna experiencia traumática?

Resoplé y sonreí con amargura.

—No quiero aburrirte con mis historias, tranquilo. Solo quiero que sepas que hoy no soy el alma de la fiesta, pero que no es nada personal.

—La verdad es que ahora siento curiosidad. ¿Quién te arruinó la vida? ¿Un tío? —dijo mientras se miraba las manos con timidez.

Me encogí de hombros. ¿Uno? Más bien dos. Menos mal que todavía conservaba algo de decoro y me callé. Cogí una cerveza de la cesta y le ofrecí otra que rechazó mostrándome una lata de refresco. Me pregunté si era abstemio por voluntad propia o por prescripción médica. Aunque tal vez no debería estar pensando mal: no todas las personas que optaban por no beber escondían tantos motivos como Gary. No todo el mundo escondía un Gary en su interior.

Le quité la chapa a mi cerveza y la choqué contra su lata de refresco. No me miró a los ojos.

Di un par de tragos largos dejándola a la mitad.

—¿Fue una ruptura dolorosa? —insistió.

A eso sí que podía contestarle.

—¿Las hay de otro tipo? —Le di otro trago a mi cerveza, empezando a sentir cierta indiferencia hacia la congoja que me pre-

sionaba el pecho—. Seguro que los vecinos ya te habrán contado mi historia.

—De momento no he oído nada, puedes estar tranquila. Tal vez no es tan escabroso como crees y están más ocupados con los cotilleos sobre mi retorno.

—Te aseguro que sí es escabroso. Pero dejemos mi vida a un lado, hableme de ti. —Lo miré fijamente, consciente de que rehuía mi escrutinio—. ¿Qué has hecho para que hablen de tu vida? ¿Te has tirado a una estrella del rock?

Se atragantó y se puso a toser como un loco. Varios minutos después consiguió continuar hablando.

—Rocé el infierno con los dedos y sigo en él —dijo con la voz cascada.

Me pregunté por qué demonios tenía el aura tan negra. Aunque tal como me sentía yo, la mía debía de ser amarillo chillón y brillaba en la oscuridad.

—Vaya. ¿Ruptura traumática? ¿Un tío? —repetí sus preguntas e imité su voz profunda y su acento del sur del país.

Su «por siempre jamás fruncido» ceño se relajó, y se echó a reír.

Tenía una sonrisa auténtica y sincera, con una dentadura blanca perfecta. Sin hoyuelos. Su semblante serio y un tanto seco pasaba a convertirse en la expresión de un niño travieso monísimo.

Sin darme cuenta empecé a enumerar las diferencias que tenía con Gary y me arreé una palmada mental por idiota. ¿Qué más daba si medía varios centímetros más? ¿Qué importaba que no tuviera su maravilloso trasero? ¿Y que fuera rubio?

De pronto las imágenes de Gary hicieron que el aire dejara de llenar mis pulmones, empujándome en dirección a un ataque de pánico de proporciones épicas. Busqué a mi alrededor agobiada una escapatoria. Pero me topé con Ana, que estaba a unos metros detrás de Daniel, sentada con los enanitos. Dios los criaba y ellos se juntaban.

Todos me miraron con sonrisitas juguetonas y alzando los pulgares. Menos Ingo, que estaba manteniendo una fluida conversación con su zapato a modo de teléfono, y Heiko, que, haciendo honor a su fama de «percutor amoroso», me hizo varios gestos obscenos con los dedos, la lengua y las caderas. Mi hermano y Verena se unieron al grupo. Robert me guiñó un ojo con picardía mientras ella me miraba con cara de disgusto, aunque tal vez se estuviera meando, quién sabe. Le dio un golpe a su hermano para que dejara

de hacerme gestos de mal gusto, algo que él ignoró, por supuesto. Sobre todo, teniendo en cuenta que mi mejor amiga había empezado a imitarlo.

¿Me estaban concediendo un rato de intimidad con Daniel en el que probablemente acabaría asfixiándome? ¿Lo habían planeado? ¿Esperaban que como por arte de magia acabáramos arreglando nuestras mierdas apareándonos como perros? ¿Le habían pagado?

Cabrones.

Las opciones de que zanjara aquella situación estrangulando a algún miembro de mi familia política se multiplicaban por diez con cada gesto de Heiko y cada sonrisita de mi hermano.

Noté la mano de Daniel sacudiéndose delante de mis narices.

—Perdona, no veía a mi amiga. Estaba preocupada —dije con tono hosco.

Intenté disimular lo obvio, que no le había prestado atención porque mis familiares eran una panda de tarados.

Daniel volvió a su zona de confort frunciendo el ceño.

—Te decía que el motivo por el que tengo acento del sur es porque he vivido en Baviera unos cinco años —afirmó ajeno a los planes malévolos de nuestros amigos a sus espaldas, que yo vigilaba de reojo.

—¿Por trabajo?

—Sí —respondió de manera mecánica.

No es que fuera muy hablador, pero yo tampoco era famosa por la discreción, así que opté por el viejo, pero igualmente efectivo, tema de conversación banal de discoteca.

—¿A qué te dedicas? ¿Estudias o trabajas?

—Trabajo, ¿y tú?

—Estoy haciendo unas prácticas en una agencia de publicidad, ¿y tú?

—De modo que, al menos, tienes un motivo para estar aquí.

—Omitió mi pregunta sin parpadear.

—Ni mucho menos, las prácticas solo son una excusa para no reconocer que he vuelto a huir de mis problemas, soy consciente de ello. ¿Cuál es tu excusa para no decirme a qué te dedicas? ¿Eres proxeneta, camello o algo más chungo? —me cachondeé.

Me miró fijamente con el ceño fruncido a más no poder, pero yo no sabía cómo parar. La Rebeka sensata se había puesto hasta el culo de cerveza y chupitos, estaba fuera de servicio.

—¿Eres el guardián del oro de los nazis?



Parecía... ¿cabreado? ¿Irritado? No supe definir su estado de ánimo, pero desde luego que la amabilidad se había esfumado. Tenía hasta las orejas rojas. Era el público más difícil al que me había enfrentado.

—Soy policía federal —susurró con recelo.

Solté un montón de carcajadas que sonaron como las bocinas de un atasco en hora punta. En el estado en el que me encontraba reírme con ganas no me sentaba especialmente bien.

—¡Venga ya! —grité, y me puse de pie frente a él—. Enséñeme la placa y las esposas, señor agente.

Abrió la boca para volver a cerrarla sin decir nada. Estaba sobrepasado y yo, muerta de risa.

¿Debería haberle dicho que era una actriz porno?

¿Tendría el mismo efecto repetir la conversación?

—Venga, tío, saca la placa, quiero verla. —Le di un golpecito juguetón en el hombro—. Nunca he visto una. Me muero por hacerlo. ¿Es grande?

Entornó los ojos con una mezcla de cabreo e incredulidad.

La cosa se había puesto un poquito rara.

—¿Vas armado? —Me mordí la lengua de manera traviesa.

Se me ocurrieron un millón de chistes que podía hacer sobre sus esposas y pensé en que, si Ana no estuviera «dándome espacio», el festival del humor ya habría empezado.

—Oye, no te mosquees —dije mientras volvía a sentarme a su lado con gesto serio.

Tal vez me había pasado un pelín.

—No estoy mosqueado —repitió con ironía—, pero no le veo la gracia. Y no, no voy armado en este momento. ¿De verdad que quieres ver la placa?

Contuve la respiración. ¿Estaba hablando en serio? ¿Era poli?

Oh, joder.

Deseé coserme la boca.

—Sí —susurré mientras él sacaba algo similar a una cartera de cuero del bolsillo trasero y la abría.

*Bundespolizei*. Una palabra que se me grabaría a fuego para el resto de mis días.

—¿Contenta? —inquirió sin una pizca de humor.

Un fogonazo de sangre me puso la cara al rojo vivo. De pronto me faltaban las palabras y me sobraba el alcohol que había consu-

mido. Algo que normalmente funcionaba al revés. Ese tío provocaba en mi estado de ánimo cambios radicales.

—¿No llevas aquí ni un mes y ya te van a detener? Muy bien, hermanita, si sigues así me van a quitar tu custodia.

Mi hermano me hizo levantarme, me rodeó los hombros con el brazo y me pellizcó la mejilla.

Era idéntico a mí, pelo oscuro, ojos verdes y tez clara, pero bastante más alto, con el pelo corto y todo un capullo tocapelotas. Aunque, tal vez, en eso también nos parecíamos.

Le di un codazo en las costillas, en un débil y patético intento para hacerle daño, pero él, no satisfecho con haberme abochornado, me abrazó tan fuerte que los pulmones estuvieron a punto de salirse por la boca.

Me revolví entre sus brazos consiguiendo escapar y traté de recolocarme el pelo. Él me sonrió de oreja a oreja.

¿Qué puñetas le hacía tan feliz?

Los alemanes tenían una palabra para definir a la perfección esa situación: *Schadenfreude*. La alegría por la desgracia ajena. Tal como decía Mark Twain, las palabras en alemán son tan largas que «tienen perspectiva».

Daniel se puso en pie para darle un fuerte apretón de manos al que pronto dejaría de ser mi hermano. Cosa que hizo que me fijara en el anillo plateado que el alemán llevaba en la mano derecha. Mi interés hacia él, que ya era escaso, descendió un ochenta por ciento.

Mi hermanísimo volvió a abrir su enorme bocaza del tamaño de una portería.

—Ya veo que conoces a mi petarda e imprudente hermana pequeña.

¿El muy cabronazo me estaba devolviendo alguna trastada de nuestra infancia?

Lo fulminé con la mirada, así que optó por cambiar de tema.

—¿Qué tal, Daniel? ¿Han ido bien las vacaciones?

—La verdad es que sí, Andrea se lo ha pasado muy bien. Así que aprovecharemos para volver a visitar a mis padres en cuanto podamos.

De pronto era como si el germano no pudiera parar de hablar. Le estaba dando todo tipo de detalles sobre las vacaciones a mi hermano, dejándome bien claro que me había pasado tres pueblos. Menuda carta de presentación: él tan perfecto y yo tan catástrofe.

Lo de siempre.

Agucé el oído para ver si captaba algo más. ¿Quién demonios era Andrea?

—Me alegro un montón, Dan. ¿Vais a seguir viviendo en su casa?

—Sí. Nos quedaremos hasta que encontremos algo.

—¡Es genial que vayamos a ser vecinos!

Oh, mierda. El karma volvía a atacarme.

—Veo que te han readmitido en la brigada de bomberos —continuó Robert señalando la ropa de nuestro nuevo vecino—. La semana que viene hemos quedado para empezar a planear el viaje anual a Dinamarca para pescar, te avisaré.

Casi todos los hombres de la zona pertenecían a la brigada de voluntarios que ayudaban a los bomberos. Y eso les daba permiso para montar una excursión anual a Dinamarca para pescar una buena curda tras otra, porque aparte de vestirse de pescadores cada vez que tenían una ocasión, dudaba que esa panda de Capitanes Pescanova fuera capaz de capturar ni un mísero cangrejo muerto. ¿Quién era yo para poner en entredicho las costumbres germanas? La fiesta en la que nos encontrábamos también formaba parte de sus tareas.

De pronto escuché unos suaves acordes de guitarra.

Me giré para buscar la fuente con el corazón en un puño, aislándome de la conversación que continuaba a mi alrededor. Helmut, uno de los enanitos, y varios músicos improvisados más, habían empezado a tocar clásicos básicos con sus acústicas. Se me pusieron los pelos como escarpas.

Fui ligeramente consciente de que Heiko, Ingo, Ana y Verena se acercaron a nosotros con sus bebidas. Escuché a mi hermano hablando con mi amiga; el tono áspero de él y la delicada grosería que la caracterizaba a ella me llevaron a pensar que estaban en medio de una discusión sobre mí. Volví a tirarme en una silla con mi botellín, harta de ser el tema estrella, aburrida de que las personas más importantes de mi vida estuvieran conspirando a mis espaldas. Me encontraba en un estado anímico que oscilaba entre «esta vida es una puta mierda» y «os voy a matar a todos».

Cerré los ojos deseando despertarme cinco años después, o doscientos años atrás. Me concentré en respirar hondo, pero los malditos acordes de *Chasing Cars*, de Snow Patrol —que eran los esbirros del Demonio, armados con toda esa lírica sensiblera—, contamina-

ban el aire y lo espesaban, cerrándome la garganta y lanzándome imágenes de mi propia estrella del rock con la guitarra entre sus manos.

¿No iba a volver a ser capaz de escuchar música? Sabía que Everlasting Wound estaba fuera de la ecuación, pero ¿también el resto? Gruñí, desesperada, a punto de llorar. La preciosa voz de Helmut comenzó con la segunda estrofa, lo que convirtió la canción en un suplicio.

Noté que alguien movió la silla que estaba junto a mí.

Abrí solo un ojo, como si eso me fuera a proteger de quien había osado sentarse a mi lado, y me encontré a Daniel con cara de preocupación. El resto ni se enteró del dramón que estaba a punto de protagonizar, pero por lo visto el poli tenía un radar que detectaba cataclismos sentimentales.

—¿Recuerdos dolorosos? —susurró con delicadeza.

Me retiré una lágrima traicionera con el pulgar y lo miré asustada: más que recuerdos sin más, lo que me torturaba eran las imágenes de nuestra relación descarrilando y sembrando el caos en nuestras vidas. A lo mejor los muros que había construido a mi alrededor no eran lo suficientemente fuertes e iba a derrumbarme delante de toda esa gente. Él movió su silla poniéndose frente a mí, haciendo de pantalla entre las miradas indiscretas y yo. Siempre le estaría agradecida por ese gesto tan simple, pero tan protector, que me había hecho sentir inmune. Nadie se metería con una tía que estaba escoltada por un poli de dos metros.

—No se me dan bien las bodas, esa es la verdad. Las odio, y esta canción me recuerda a una —afirmé sorbiéndome los mocos con bastante poca elegancia—. Es el tema perfecto para el primer baile, la típica balada que hace llorar a todos los invitados mientras los novios dan vueltas por la pista de baile envueltos en una nube de corazones y un pestazo insoportable a vainilla. Cuando en el fondo todos saben que él le oculta cosas muy chungas, como una vida desenfrenada y una exnovia idéntica a Beyoncé; y ella..., ¿qué te voy a contar sobre la novia? Tampoco es que sea la buena de la película, toda hermosa y almidonada con su vestido blanco, pero en el fondo es una niñata cobarde que no sabe luchar por lo que quiere... Al final...

No había filtro capaz de detener el torrente de mierda que estaba saliendo por mi boca.

—... acabarán divorciados en menos de ocho meses y con el corazón hecho añicos. Él se largará a una gira sabe Dios dónde y ella se esconderá en otro país. Odiarán Snow Patrol para el resto de sus días.

—A mí me gustan Snow Patrol y las bodas. Es el tipo de celebración en la que la gente es feliz y tiene fe en que el amor existe. No veo nada malo en eso.

—Te aseguro que no necesito asistir a una boda para creer en el amor. El dolor que siento desde hace unas semanas es lo suficientemente intenso. Voy a por otra cerveza.

Fui a levantarme de la silla, pero me encontré su brazo a mitad de camino a modo de barrera de peaje, impidiéndome el paso. Lo miré con cara de fastidio.

—Necesito una cerveza.

Él arrugó el ceño y me empujó hacia atrás con bastante poca sutileza.

—¡He tenido un día de mierda! —exclamé a la defensiva.

—¿Crees que con la décima lo vas a solucionar? No sé, beber y regodearse en el dolor no es la mejor solución. Nunca lo es.

—¿Me estás dando la charla? —Arqueeé una ceja flipada.

—Siento cierto nivel de responsabilidad en cuanto a ti: eres la hermana de uno de mis mejores amigos. No voy a permitir que acabes con un coma etílico.

Me quedé perpleja, con la mandíbula casi rozándome los pies. Nuestra relación no era tan estrecha como para que se pusiera en plan padrazo, pero la preocupación que vi en sus ojos me impidió soltar palabrotas.

—Oh, vamos, ¿qué problema tienes con que ahogue las penas en alcohol? Para tu información, es mi manera de hacer las cosas, y funciona. Deberías tomar ejemplo de mí. Aquí estoy, hecha polvo, pero en pie, brindando con una cerveza tras otra por mi vida, que apesta —justifiqué como si necesitara su aprobación.

Me dedicó un aplauso leeento.

—Perdona, ¿qué edad tienes? —preguntó con retintín haciéndome entornar los ojos mosqueada—. Claro que funciona, es evidente —afirmó con sarcasmo—. Por eso estás hablándole a un extraño sobre una exnovia que se parece a Beyoncé y no sé qué chorradas más. Tu plan es perfecto. No sé qué es lo que has vivido, pero no creo que te estés enfrentando a la situación de una manera razonable.

Deseé que no fuera policía para poder insultarlo a gusto.

—¿No crees que tal vez tu manera de gestionar los problemas te ha llevado a la situación en la que estás? —continuó.

Ignoré su comentario mirando hacia otro lado. Él no tenía ni puta idea de cómo gestionar el caos en el que se había convertido mi vida. ¡Ni yo misma lo sabía!

—Estoy seguro de que lo estás sobredimensionando —añadió.

Maldito enanito gruñón. Exploté.

—¿Por qué no te dedicas a las charlas motivacionales o a negociar con suicidas? Veo un futuro para ti en ese campo. Porque ahora mismo lo único que me pide el cuerpo es saltar por un puente antes que seguir escuchando tus consejos.

Aplaudí a mi cerebro por el esfuerzo que había requerido la respuesta. Éramos un gran equipo, al menos cuando no se dejaba dominar por la lujuria.

Crucé los brazos retándolo con la mirada, a ver si era capaz de rebatir mis civilizadas palabras.

Me ignoró dirigiendo su mirada hacia nuestros amigos. Para ser poli era un poco cobarde si se amedrentaba con una chica ebria de metro setenta escaso, muy pequeña a su lado.

Noté que el ritmo de los acordes había cambiado dando paso a una canción muchísimo más animada. La gente a nuestro alrededor se puso a cantar a todo pulmón, agucé el oído con curiosidad. Reconocí la melodía de *Der Bofrost Mann*, del famoso grupo de punk rock alemán Die toten Hosen. Y menos mal. La probabilidad de que acabaran tocando alguna de Scorpions, originarios de Hannover, era demasiado alta. La canción narraba la historia de un hombre que salía pronto de trabajar dispuesto a sorprender a su esposa y hacer el amor a lo loco. Pero al llegar a casa, ella ya estaba allí, follando al repartidor de congelados Bofrost, el hombre más frío de Alemania.

No hay ni que decir que el que más alto berreaba la letra era Heiko, con mi amiga a su lado.

Suspíré agradecida de que hubieran dejado las baladas por el momento y de que no hubieran empezado con los ridículos grandes éxitos de Mallorca.

Un buen rato después, cuando hubo terminado la canción, no lo vi acercarse, pero noté un escalofrío en la nuca y un fuerte aroma a jabalí salvaje.

Heiko se situó entre nosotros y puso una mano en el hombro DE Daniel. Ambos lo miramos con suspicacia. Era increíble que un hombre cincuentón tan bajito, a primera vista inofensivo, nos provocara semejante desconfianza, y es que allá donde iba el Hombre Amor, reinaba el caos. Parecía mentira que una misma madre hubiera parido a Verena, Ingo y Heiko, aunque los casi veinte años que este se llevaba con sus hermanos podían ser una buena excusa. Tiempo después supe que había un tercer hermano más joven, Marc, haciendo la residencia de medicina en Frankfurt. A lo mejor era el más normal de todos.

—¿Qué tal estáis, pimpollitos? —sonrió Heiko con malicia—. ¿Disfrutando de la fiesta? Me encanta veros juntos, es tan esperanzador...

Daniel tomó la palabra mientras yo me rodeaba el cuerpo con los brazos.

—Estamos bien.

Me sorprendió que pudiera ser más seco de lo que ya era conmigo. Aunque al Hombre Amor parecía darle igual, pues no me quitaba el ojo de encima.

—Rebeka, preciosa, ¿tienes frío? —Se giró hacia Daniel—. Pero tío, ¿dónde están tus modales? La chica tiene frío.

—Se supone que es mayorcita.

El Hombre Amor se acercó a un *Strandkorb*, el típico asiento danés de mimbre con capucha que todo alemán de pro tenía en el jardín, y empezó a restregar el culo contra el banco de cuero mientras canturreaba *My Way*, de Sinatra. Me pareció que Daniel no volvería a recuperar el habla, y me sorprendió que con tanto restregón Heiko no acabara con los pelos de punta y suficiente electricidad estática como para mover el planeta de su eje.

—Sentaos aquí, chicos —nos dijo orgulloso—. Os he calentado el asiento para que podáis trabajar vuestro amor en la intimidad. ¡No seáis tímidos! —Nos observó con una sonrisa malévol—. Me encanta ver lo buena pareja que hacéis; me estoy enamorando de vosotros dos. Y ya sabéis lo que pasa: cuando pongo el corazón en algo, pongo la...

—Suficiente —le cortó Daniel sin miramientos.

A mí me entró la risa floja.

Pero las palabras cortantes de Daniel no surtieron efecto: nos arrastró hasta el banco. Una vez que estuvimos sentados y bien pegados el uno al otro, sonrió con malicia.

—¡Sucumbid al fornicio como locos, sed fecundos y multiplicaos como conejos! ¡Hacedme feliz! ¡Repoblad Alemania!

Acto seguido, sacó tres botellitas de un bolsillo.

¿La gente en ese país llevaba licores en los bolsillos? Luego era yo la que gestionaba los problemas de aquella manera. La zona rural de Alemania parecía un paisaje idílico con una sociedad ordenada a primera vista, pero las historias que se escondían tras los muros de las casas con tejados puntiagudos eran tan asombrosas como bochornosas.

Si alguien pensaba que me iba a aburrir en esa mierda de pueblo, estaba equivocado.

—Uno para Rebeka, nada para Daniel y dos para mí. —Repartió los licores, cual niño con una bolsa de caramelos.

Choqué mi botellita contra la de Heiko para a continuación bebérmela de trago mientras retaba con la mirada a Daniel. Él me observó con desaprobación, tanta que me dieron ganas de levantar las manos permitiéndole que me esposara.

Jamás en la vida había sentido tanto rechazo por parte de un hombre como con él.

—¿No crees que bebértelos de dos en dos es rizar el rizo? —le espetó Daniel a Heiko.

—Magda no me aguanta sobrio, y no estoy dispuesto a pagar otro divorcio.

Daniel me miró con el morro torcido. Sin pronunciar ni una maldita palabra me preguntó si ese era el futuro que quería para mí: beber para que los demás fueran capaces de aguantarme.

Y supe que me estaba convirtiendo en Gary.

Tenía razón. Joder que si la tenía...